

Antonio Jesús Sánchez Rodríguez, *Fisicoculturismo. Orígenes antropológicos y connotaciones filosóficas*, Madrid, Dykinson y Universidad Carlos III de Madrid, 2019, 440 pp.

La obra que comentamos es un trabajo de rastreo antropológico y cultural de una realidad social (subcultural) que no goza de muy buena imagen, como es el deporte (o espectáculo) del fisicoculturismo. Es el desarrollo de un trabajo doctoral, en las materias antropología simbólica y filosofía estética, que se leyó en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, en el seno del departamento Filosofía y Sociedad, y que ahora editan Dykinson y la Universidad Carlos III de Madrid.

Un enfoque amplio y profundo antropológico cultural, desde la simbología, por otra parte tan rica, de esta actividad, creemos que no se había hecho antes en nuestro entorno académico. Eso conlleva un riesgo grande que el autor ha enfrentado con valentía, pues asumió un riesgo al transitar por terrenos poco frecuentados hasta ahora. El hecho de que el objeto de estudio (el fisicoculturismo) tenga esa mala imagen no es un motivo menor para que estemos ante un terreno eludido por filósofos e incluso por antropólogos, que tienen menos motivos para no afrontar su estudio que el que puedan tener los filósofos. Sin embargo, precisamente por la rica simbología que arrastra esta actividad, hay un campo de análisis y comentario aun inexplorados, a los que se dedica esta obra con acierto y amplitud, dándonos una visión de una imagen corporal dada, la del atleta fisicoculturista, que ha sido utilizada por la propaganda política, por el arte, incluso por la religión, como símbolo y como metáfora de valores no solo corporales sino políticos, estéticos, sociales y religiosos.

La primera pregunta, sin embargo, que debemos hacernos tiene que ser qué es lo que aporta esta actividad en el estudio filosófico y antropológico. El fisicoculturismo no está en ninguno de los grandes temas filosóficos. Al menos aparentemente. Obviamente, los grandes filósofos no se han dedicado al estudio de esta disciplina. Es extraño pensar que desde aquí se pueden pensar temas tan importantes como la muerte, la verdad, la vida o la política. Algunos filósofos han estudiado temas cercanos. Gumbrecht ha estudiado el deporte en general, Ortega y Gasset la unión entre deporte y política, y Gustavo Bueno también. Alan Badiou ha estudiado el teatro, tan hermanado en muchos aspectos a la exhibición fisicoculturista.

El fisicoculturismo es una actividad global del cuerpo, va más allá del cuerpo. El fisicoculturismo para sus practicantes suele ser una actividad que transforma la sujeto, no solo su cuerpo. Como sabemos, el cuerpo se comunica, es expresión de la persona, de uno mismo y transforma al mundo (trabajo, cultura, etc.). Al ser expresión de la persona, es el lugar de toda la humanidad, y por tanto de la cultura y de los símbolos culturales. La Filosofía del cuerpo aún tiene mucho camino por recorrer. Señala el autor que es “curioso el recelo que despierta este asunto de nuestra imagen corporal en su dimensión política y social, y la suerte de opresión que los demás ejer-

cen sobre nuestra imagen corporal, aunque se plantee en términos meramente filosóficos: según la pregunta de en qué medida el cuerpo propio es parte de nuestro ser, y cómo percibimos nuestro propio cuerpo a través de una imagen, esto es, algo que es ajeno a ese cuerpo puesto que es solo un reflejo del mismo, y siendo un reflejo, por ello no es el mismo cuerpo, es algo diferente y ajeno o externo a él, conformado por una dimensión imaginaria por referencia a un ideal, como un cuerpo-otro”.

El atleta fisicoculturista concibe su cuerpo de forma radical pero interesante como transformador del mundo, de la persona, del sujeto, de toda la humanidad... Es interesante, en este punto, lo que dice el sociólogo norteamericano Klein acerca de que tanto el fisicoculturismo como el fascismo italiano ensalzan una misma idea de masculinidad corporal. El fascismo italiano concibe el cuerpo joven como idea de guerra y triunfo. El atleta lo concibe como competición y triunfo.

El fisicoculturismo desde que nació a finales del siglo XIX se ha enfrentado a dos paradojas: la paradoja del “límite corporal” y la paradoja de la “fragilidad”. Por tanto, es una actividad paradójica. Como la Filosofía, tan centrada en las paradojas.

En efecto, el atleta se enfrenta a los *límites* de su cuerpo, de su resistencia, de su capacidad corporal y mental, intentando conseguir un objetivo que se ha propuesto. El atleta fisicoculturista es un sujeto que conoce los límites, pues en ellos se manifiesta y en ellos hace su vida. El concepto de límite, como término filosófico antropológico, hasta ahora lo veíamos como aquellos momentos o lugares en los que el sujeto se enfrentaba a un cambio radical. El mayor cambio, el final del límite, obviamente es la muerte. Pero también es un terreno para la enfermedad. El atleta concibe el límite antropológico filosófico como un reto, como un estandarte de su actividad, a la que significativamente concibe como “estilo de vida”. La filosofía antropológica se ha ocupado al pensamiento de la idea de lo “infinito y eterno”, que viene a ser una equivalencia al término de límite corporal en el sentido manejado por el atleta.

Asimismo, la filosofía antropológica ha estudiado la *fragilidad* pero nunca los ha considerado como una paradoja en sí misma. ¿Quizá porque no se ha adentrado en la idea de vida, tan descuidada por los filósofos, a diferencia de la idea de muerte?

En el fisicoculturismo el límite y la fragilidad son y se reconocen como paradójicas, en la medida que, para conseguir un mejor cuerpo en una idea de superación, el atleta estará sometido a cada vez mayores restricciones y penalidades mediante más ejercicios y más dietas estrictas. Es contradictorio que, para ser más fuerte, más ágil, más sano en definitiva, uno tenga que andar un camino en que se pone al cuerpo en situación extrema. Eso es lo paradójico. Lo extraordinario. Lo que pone al sujeto ante un espejo en que tiene que ser capaz de mirarse, que tiene connotaciones éticas, pero también estéticas y sociales. El fisicoculturismo exhibe los recursos simbólicos tradicionales que la sociedad ha utilizado para reflejar una idea de salud y vigor, pues al aparecer la idea de límite, aparecen las paradojas y las contradicciones.

Recordemos aquí que Bataille señala al poder se llega a través del límite, puesto que los seres humanos tienen un límite en su cuerpo que debe ser transgredido y llevado al extremo con el fin de obtener poder. Dicha transgresión se enmarca entre la tranquilidad y el horror que se produce cuando se piensa en exceder el límite, y de la imposibilidad de salir de los límites, lo cual genera intranquilidad e insatisfacción respecto al propio cuerpo, por lo que le resulta inadmisibles como evidencia del deseo, el hecho de llevar a otro plano las posiciones de belleza adscritas al devenir social y los cánones normativos impuestos por la sociedad de consumo. El cuerpo del atleta fisicoculturista aparece, de esta manera, como un intento de “resignificación

del cuerpo” en un escenario que institucionaliza las representaciones físicas bajo un ideal dado.

El fisicoculturismo puede y debe, pues, según el autor, en la línea de Le-Breton, interpretarse y analizarse como una suerte de “hiperconstrucción de la corporeidad” como una resignificación del cuerpo en el entorno de los límites, a la que se desafía sobrecargándola de significado, rebosando sus partes más allá del límite de la semántica de la funcionalidad típica de la Modernidad que concebía al cuerpo como un complejo orgánico y utilitarista.

Por un lado, el cuerpo del atleta fisicoculturista es paradójico, porque es una superación de límites para el reencuentro del sujeto consigo mismo, tal como señala Le-Breton: “El *body builder*, el constructor de cuerpos, marca sus límites físicos, los afronta cotidianamente, en una ascesis física fundada en ejercicios repetitivos; en un mundo de incertidumbre, construye pie a pie un *container* que le permita continuar siendo dueño de sí mismo o, al menos, darse sinceramente la ilusión de ser finalmente él mismo”. Por otro lado, la fragilidad óptica el cuerpo *bodybuilder* la supera reemplazando la sensación por el sentido: “el límite inducido por el cuerpo substituye al límite que la sociedad no proporciona ya y que es necesario definir de manera personal”. Ya no hay “sentido”, solo “sensación”, y por ello el “dolor” adquiere una connotación nueva, simbólica, de bioascesis hacia la construcción (o al menos al reencuentro) del sujeto mediante la apropiación de su cuerpo. El dolor, en esa misma línea, lo identifica Le-Breton como un camino o vía bioascética y disciplinar, con efectos directos sobre la conformación del sujeto, por la que dicha conformación corporal “reaparece como confrontación simbólica en el límite y como obstáculo provisional de una identidad por construir”. En el cuerpo de nuestra época específicamente también se manifiesta otra paradoja, centrada en la idea de la “liberación del cuerpo”.

Mientras ha sido despojado de los rigores del alma, el orden, el canon y la armonía que nos vienen desde la Antigüedad, esa liberación ha resultado una entelequia impulsada por las fuerzas del mercado, de modo que el cuerpo ha sucumbido a la lógica mercantil, donde no impera la autonomía del sujeto del cuerpo sino la heteronomía.

Destaco finalmente los capítulos que la obra dedica a la destrucción del cuerpo. La destrucción del cuerpo (cirugías radicales, fisicoculturismo, drogadicciones, etc.) es, en sí misma, una metáfora y símbolo. En la comunidad fisicoculturista, por ejemplo, hay una idea de la muerte que es interesante: la muerte no existe, los grandes atletas que han muerto, especialmente por circunstancias ajenas al normal envejecimiento, no aparecen como muertos. Se ensalza las imágenes del atleta vivo, y se elude un análisis sosegado de la idea de la muerte.

Fernando Martín Cobisa